
Arte y arqueología

INFLUENCIAS GRIEGAS EN LA ESTATUARIA IBERICA

TERESA CHAPA BRUNET
Universidad Complutense

La estatuaria ibérica, que por sus características de belleza y originalidad llama la atención de cualquier aficionado al Arte y a la Historia Antigua, recibió numerosas influencias del mundo griego, siendo éste uno de los factores que conformó su desarrollo con más fuerza. Sin embargo, aunque las esculturas son numerosas y muchas de ellas conocidas desde hace tiempo, la investigación no ha llegado a establecer unas pautas seguras de desarrollo. Esto se debe fundamentalmente a las deficientes condiciones en las que trabaja el especialista, quien a la hora de analizar las piezas se enfrenta a serios problemas, ya que en su mayor parte aquéllas carecen de un contexto arqueológico claro. En primer lugar, muchas de las esculturas proceden de hallazgos casuales, ligados generalmente a las tareas agrícolas, que no proporcionan datos sobre el ambiente cronológico y cultural en el que estaban inmersas. Por otro lado, incluso en el caso de encontrarlas en el curso de una excavación cuidadosa, no es raro que las tallas, generalmente de fechas antiguas (s. VI-IV a.C.), hubieran sido fracturadas y reutilizadas en tumbas ibéricas más recientes (s. IV-II a.C.) como meros materiales constructivos. Esto sólo nos permite saber que la pieza es anterior a la estructura en la que aparece, pero no nos indica el lapso de tiempo transcurrido entre

su factura y su reaprovechamiento. Inciden además otros factores negativos, como la fracturación y el desplazamiento mayor o menor respecto a su primitiva localización. Todo ello ha provocado que la investigación se centre en los aspectos formales y estilísticos, a menudo carentes de una base objetiva y por lo tanto acientíficos. Pasemos entonces a considerar cuál ha sido la historia de la investigación sobre este tema.

La estatuaria ibérica en piedra fue descubierta hace más de un siglo, pero pasó bastante tiempo hasta que fueron correctas tanto su valoración como su encuadre cronológico. Los primeros hallazgos fueron los del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), yacimiento en el que una rígida tala de la vegetación provocó que las numerosas esculturas que hasta mediados del s. XIX habían permanecido escondidas en el subsuelo, salieran a la luz. Esto provocó la llegada de aficionados y curiosos, realizándose ya entonces algunas excavaciones. La más conocida entre ellas fue la de los PP. Escolapios de Yecla, quienes a tu término publicaron una interesante Memoria, a raíz de la cual el Museo Arqueológico Nacional envió a dos de sus funcionarios al yacimiento. Estos realizaron sucesivos viajes, recuperando, bien por compra o por hallazgo, las piezas que les parecían de mayor interés. Así se formó

la importante colección que hoy se conserva en este Museo, y a la cual se quiso dar una pronta proyección internacional, enviando algunos vaciados y originales a las Exposiciones de Viena (1873) y París (1878). La ciencia europea se mostró escéptica ante ellas, considerándolas como falsificaciones o, en el mejor de los casos, obras modernas.

No obstante, la Arqueología francesa experimenta a finales de siglo un fuerte interés por los hallazgos españoles, y subvenciona a dos especialistas: A. Engel y P. Paris, para que recorran la Península realizando excavaciones, tomando apuntes y adquiriendo piezas que pudieran ser luego expuestas en los Museos franceses. Así salieron con destino al Louvre diversos conjuntos de importancia —entre otros, los del Llano de la Consolación, El Salobral, Redován, Agost, Osuna, etc.—, junto con la que todavía hoy es la obra cumbre de la escultura ibérica: la Dama de Elche.

Esta revisión general provoca la primera gran obra monográfica sobre el mundo ibérico, denominada *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne Primitive* y publicada por P. Paris en 1903. En ella se hace alusión de manera firme a una intervención directa del arte griego sobre el ibérico, si bien buscando a esta relación unos orígenes excesivamente remotos. Según este autor, el nacimiento de la cerámica de tipo lineal y vegetal, así como la erección de las murallas más perfeccionistas de los poblados, serían fruto de ciertas conexiones entre nuestra Península y el mundo micénico y fenicio del segundo milenio. La estatuaria ibérica, sin embargo, no se desarrollaría hasta un momento paralelo al arcaísmo griego, introduciéndose sus estímulos a través de las colonias costeras. Este sería el momento de mayor esplendor, pero a partir de esta fase parece atestiguar un

anquilosamiento, una incapacidad creativa y evolutiva causada, según P. Paris, por un corte de las relaciones entre ambas partes del Mediterráneo. La falta de contacto con el mundo griego llevaría consigo la ausencia de nuevos modelos que encauzaran la evolución local, y ésta quedaría detenida en favor de una monotonía repetitiva y degenerada de los tipos primitivos hasta la llegada del arte romano.

Esta interpretación es importante, ya que se introducen en ella conceptos que luego veremos repetidos a lo largo de toda la investigación. El arte ibérico, aunque original en los detalles de tipo localista que incluye en los ropajes, adornos, etc., no es en definitiva más que un derivado del que siempre se ha considerado como norma y modelo en el Mediterráneo: el arte griego. El ibérico, lejos de ser creativo, no consistiría más que en una copia, con ciertas modificaciones, del arte griego, y cuando el impulso de éste falta, parece hacerse imposible un desarrollo propio.

Los primeros treinta años del s. xx marcarán un gran avance en la investigación, demostrando estratigráficamente en yacimientos como Ampurias o La Alcudia de Elche, que la hipótesis de un origen micénico para la cerámica carecía totalmente de fundamento, y que ésta debía encuadrarse en la segunda mitad del primer milenio. En cuanto a la escultura, autores como Rhys Carpenter, P. Bosch Gimpera o P. Dixon establecen una fuerte dependencia del arte ibérico respecto del griego. Estos investigadores aluden a un primer momento, fechado en el s. vi, en el que se aprecia un influjo griego cargado de orientalismos que penetraría hacia el interior del área ibérica, y fruto del cual serán obras como la Bicha de Balazote o las esfinges de El Salobral. Un segundo momento estaría

doble sentido aparece en época helenística un tercero. El león que con sus garras dobléga a una víctima ha sido interpretado generalmente como la personificación de la propia muerte, inexorable destino de todos los seres vivos.

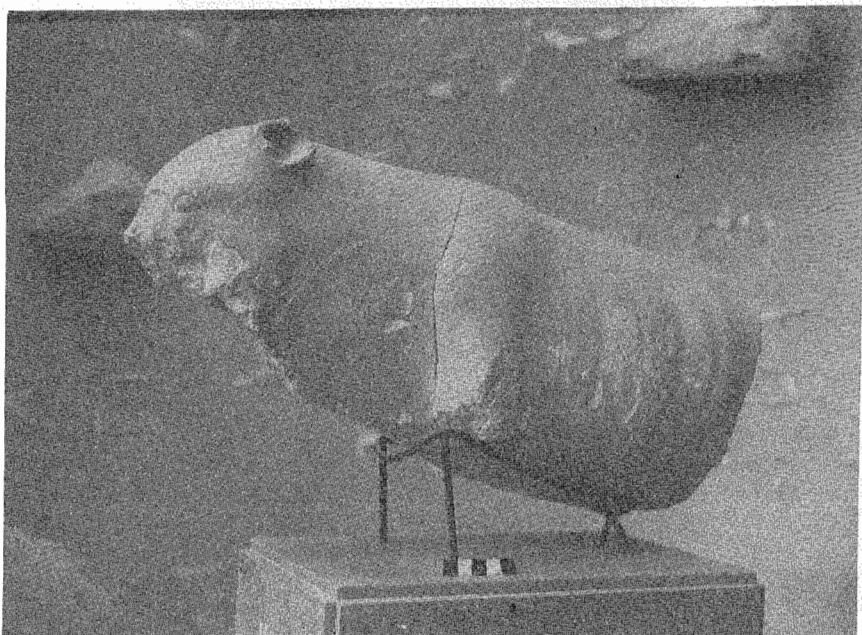
El significado del toro, sin embargo, hay que entenderlo de forma diversa. Este animal, que desde las épocas prehistóricas tuvo gran importancia económica y social para el ibero, aparece en los monumentos fúnebres junto al jinete, guerrero o cazador, en escenas relacionadas con el mundo de ultratumba, al igual que ocurre en Grecia y el resto del Mediterráneo. Estos équidos tenían en nuestra Península una divinidad protectora, que aparece junto a ellos en piezas como los relieves de Villaricos (Almería) o Mogón (Jaén).

Otros muchos animales, como los cérvidos, los carneros o los jabalíes, muestran esta comunidad iconográfica mediterránea, pero quizá donde se aprecian con mayor fuerza los vínculos ibero-helénicos es en el ámbito de los seres fantásticos —esfinges, grifos, sirenas, toro androcéfalo—. La plástica ibérica es relativamente rica en representaciones de esfinges, leones alados con cabeza femenina. Al igual que los leones, vigilan las sepulturas, y como las sirenas, transportan a los difuntos al mundo de los muertos. Este papel, reservado más a las sirenas en el ámbito griego, como se observa en la famosa «Tumba de las harpías» de Xanthos, es recogido en el mundo ibérico por las esfinges, y así vemos que un ejemplar de Elche (Lám. I - 2) lleva sobre su cuerpo a dos seres humanos, una mujer en la parte delantera y un individuo masculino montado sobre su dorso. Las esfinges de Agost (Lám. II - 1), por su parte, debían ser el remate de una estela o columna, a la manera griega arcaica, mientras que otras

piezas, como la de Bogarra (Lm. II - 2), aun siguiendo modelos griegos, adopta una postura y una actitud —animal de esquina en un monumento— más propias del gusto propiamente ibérico.

En cuanto a los grifos, estos seres fantásticos tenían en sus más remotos orígenes orientales implicaciones muy diversas, relacionadas con el círculo solar y con las fuerzas del mal, así como con el mundo de ultratumba. Si bien en la Península se reciben estos modelos orientales, como se atestigua en los marfiles de Carmona, la gran plástica reproducirá luego grifos que evidencian contactos con el mundo griego. Se ha hablado mucho ya del ejemplar de Redován, asociado a tipos helénicos del s. VI a.C., o bien de la cabeza de Elche, cuyas orejas erguidas y crin equina hace que se feche en épocas posteriores, dentro del s. IV a.C. Otro nuevo ejemplar hallado en Porcuna (Jaén) puede situarse entre los anteriores. Es una figura exenta que lucha contra un personaje humano. Este le sujeta por la boca y una de las orejas, mientras que el monstruo le clava la garra en el muslo. Recoge esta escultura, con evidente originalidad, unos esquemas que son comunes a todo el Mediterráneo, la lucha del grifo contra el héroe. La literatura griega recoge también este tema en una epopeya, la «Arimarpeia» de Aristeeas de Proconeso. El significado del ejemplar ibérico es difícil de desentrañar. Quizás se trate de una caza fantástica, en la que el difunto heroizado vence a una fiera del más allá, igual que hacía con otros animales en la vida real. Esto dignifica al personaje, y hace patente a los que observan esta representación que el individuo ha entrado a formar parte de un rango inmortal.

Si bien nos hemos centrado hasta aquí en la gran estatuaria animalística, no es menor la importancia que en el mundo



1.—*Leona de Elche (Alicante)*



2.—*Esfinge con figuras humanas de Elche (Alicante)*



2.—Esfinge de Agost (Alicante).



2.—Esfinge de Bogarra (Albacete).

LAMINA II

ibérico tuvieron las representaciones humanas. En el campo de la toréutica han podido distinguirse influencias jónicas y dedálicas, al igual que ocurre en las tallas en piedra, donde cabezas como la de la «kore» de Alicante, hoy en el Museo de Barcelona, revelan unos modelos del área griega minorasiática modificados muy levemente por el escultor peninsular. La Dama de Elche viene comparándose ya desde antiguo con el rostro del Apolo Chatsworth, si bien tanto sus ropajes como sus adornos muestran el recargamiento propio del gusto ibérico. No insistiremos más sobre esta pieza, que tantas veces ha sido ya descrita y estudiada. Sin embargo, entre el resto de las esculturas humanas vamos a fijarnos primordialmente en dos piezas. Una de ellas, la estela de La Albufereta (Alicante), hoy en paradero desconocido, que presenta en relieve dos figuras, una femenina y otra masculina. La primera, ricamente ataviada, sujeta un huso en una mano y se lleva la otra a la cara en gesto de lamentación. El personaje masculino es un guerrero apoyado en una lanza. Este es un tipo de representación que repite los temas más típicos de las estelas áticas: las mujeres, con los elementos propios de su labor, y el difunto con su arma. Libremente interpretado, el argumento es el mismo en el mundo ibérico que en el griego. Lo mismo sucede en el caso de la «auletris» de Osuna (Sevilla), una figura femenina ataviada al modo ibérico que está tañendo una doble flauta. Esto refleja que en la Península, al igual que en Grecia, se adoptaban tras la muerte una serie de ritos relacionados con las honras fúnebres coincidentes en varios aspectos, como esta actividad musical.

Todo lo que llevamos dicho, lo que se aprecia a través de la escultura y en especial en estas piezas que acabamos de describir revela, sin embargo, que la co-

pia de los modelos griegos no fue total. A los influjos artísticos llegados del exterior se superpone siempre una reelaboración indígena muy marcada, patente tanto en los aspectos externos como en la propia estructura de las piezas. Si, resumiendo, tuviera que valorar la influencia griega, lo haría de la siguiente forma: el mundo ibérico, surgido a partir de una transformación de la sociedad indígena a raíz de su contacto con los colonizadores semitas, da forma a su religión mediante una iconografía en gran parte griega. No quiero decir con esto que la idea de la divinidad femenina —Dama de Elche— o de animales fantásticos —grifos, esfinges— la trajeran los griegos. Esto ya existía desde épocas anteriores en la Península (mundo Tartésico). Lo que sí puede atribuirse a los griegos es una provisión de modelos que encarnan a estas ideas previas, en un momento en el que los contactos iberohelénicos eran muy fuertes. Las cerámicas griegas alcanzaban el centro de la Península, dibujándose en sus vasos escenas que sin duda poseían un significado religioso. Las corrientes iconográficas llegaban también a nuestras costas, siendo aquí transformadas conforme al gusto indígena, y así vemos escenas como los ritos fúnebres, cuya escenografía bien pudo estar influida por el mundo griego. Incluso la arquitectura de las necrópolis, de la cual hoy sólo acertamos a vislumbrar un camino para su reconstrucción, nos confirma que había, como en los cementerios griegos, columnas rematadas con animales y estelas en las tumbas.

En cuanto a la cronología, pensamos que el impacto helénico en sentido global fue prácticamente continuo desde el s. vi a.C. en adelante, si bien la escultura parece desarrollarse con mayor importancia a fines de este siglo y es el v a.C. tanto en Levante como en la Alta Andalucía,

decaendo algo a partir del iv a.C. en la primera de estas zonas y observándose por el contrario en este siglo y el siguiente una mayor floración en Andalucía occidental, que enlazará con el pleno arte romano.

Es interesante, para terminar, resaltar que si bien la principal colonia griega en la Península fue Emporion (Gerona), su presencia no provocó en absoluto una receptividad a la iconografía escultórica como sucedió en las áreas antes citadas. Esto puede explicarse quizá por el bagaje cultural previo, distinto en ambas

zonas, y porque las corrientes comerciales que buscaban la zona minera de Cástulo (Jaén) incidían con más fuerza en el sur y Levante. A pesar de no haberse producido hallazgos de colonias griegas en las costas alicantinas o murcianas, su existencia explicaría la fuerte helenización del Sudeste desde épocas antiguas.

Queda mucho trabajo por realizar, pero los nuevos datos que van saliendo a la luz permiten enfocar la interpretación del mundo ibérico bajo nuevos prismas que se revelan fructíferos y prometedores para la investigación.

